

EDICIONES
IDEALES

50
CTS

*Peggy
S.S.
demi corazón*

MARION
DAVIES
ONSLOW STEVENS
J. FARRELL MAC DONALD

EDICIONES IDEALES
— DE —
La Novela Semanal Cinematográfica
(Publicación semanal
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis Ediciones BISTAGNE BARCELONA

Año I

Número 18

PEGGY DE MI CORAZÓN

Magnífico asunto, interpretado por MARION DAVIES,
ONSLow STEVENS, J. FARRELL MAC DONALD,
JULIETTE COMPTON, etc.

Es un film de la famosa marca
Metro-Goldwyn-Mayer



Distribuido por
METRO-GOLDWYN-MAYER
IBERICA, S. A.
Mallorca, 201 - BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barberá, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRESA INDUSTRIAL - Aribau, 155 - Teléfono 76507

Peggy de mi corazón

Argumento de la película

I

En Ballymore, pueblecito costero de Irlanda, vivían felizmente Pat O'Connell, un viejo patrón de pesca, y su hija Peggy, a la que su padre solía llamar "Peggy de mi corazón".

Verdaderamente no había padre que amara más a su hija que el viejo Pat a Peggy, ni hija que amara más a su padre que Peggy al viejo Pat.

Peggy contaba, además, con la adoración de todo el pueblo y con la fidelidad incondicional de su chuchito, que no se separaba de ella un momento.

¡Con qué placer respiraba Peggy las brisas marinas de la costa y el olor a brea de las barcas!

Su más cara diversión era reparar las redes cuando las barcas regresaban de sus luchas con el mar y los pescados.

Su casita, próxima a los arrecifes de la costa, estaba llena de luz y de emanaciones marinas.

Peggy se levantaba con el sol y gustaba de acercarse al mar para ver cómo los primeros reflejos del astro refulgente herían las olas.

Muchas veces Peggy se embarcaba en la lancha de su padre y a bordo se desenvolvía como un marinero veterano.

Un día, cuando Peggy acababa de dejar solo a su padre en la barca, para ir en pos de su perrito, que en una de sus frecuentes travesuras se había dado a la fuga, se presentó ante el viejo marinero un joven elegantemente vestido, de aspecto distinguido y simpático, que dijo llamarse sir Gerald Markham.

El viejo Pat le miró un tanto sorprendido. ¿Qué quería de él aquel distinguido caballero?

—Usted dirá en qué puedo servirle—balbuceó Pat un tanto confuso.

—Se trata de algo muy importante para usted, señor O'Connell.

—¿Para mí?

—Y más importante aun para su hija.

—Acabe pronto. ¿De qué se trata?

—Mister Kingsnorth ha muerto.

—¿Mi suegro?

—El abuelo de Peggy.

—¿Querrá usted negarme que es mi suegro?

—No lo puedo negar porque se casó usted con su hija.

—¿Entonces?

—Pero eso no obsta para que mister Kingsnorth no quisiera nada de usted en vida y haya dispuesto las cosas de modo que la demostración de su disgusto continúe después de su muerte.

—Era un viejo rencoroso.

—Aunque esto sea, como se dice vulgarmente, meterme donde no me llaman, a mí me parece, señor O'Connell, que mister Kingsnorth tenía razón en estar quejoso de usted. ¡Buena se la jugó!

—¿Se refiere usted a la fuga de su hija conmigo?

—Ni más ni menos.

—Pues yo le digo que cuando su hija accedió a fugarse es porque me amaba y hubiera sido insensato ahogar aquel sentimiento de su corazón. ¿Acaso no la hice feliz? Me cabe el orgullo de decirlo, sir Gerald. Mi conciencia está limpia y bien limpia.

—Esas no son razones para un padre.

—Pero creo que estamos hablando inútilmente. ¿No le parece a usted que no vale la pena tratar un asunto que ya no tiene remedio?

—En efecto, señor O'Connell. Y vamos al asunto que me ha traído aquí. El señor Kingsnorth no le ha dejado a usted absolutamente nada de su considerable fortuna. Pero considerando que su hija Peggy no tiene culpa de nada se lo ha legado todo a ella.

—¿Que se lo ha dejado todo a mi hija?—exclamó Pat sin poder disimular su emoción—. Y dígame, sir Gerald: ¿a cuánto asciende la herencia?

—A un par de millones de libras esterlinas.

—¡Oh!

Esto fué lo único que el viejo lobo de mar pudo decir después de haber oído la cifra. Se llevó las manos a la cabeza y se desplomó en un banco de la barca.

II

Cuando se hubo sobrepuesto a la profunda impresión recibida, el viejo Pat estrechó entusiasmado las manos de sir Gerald.

—Estoy más contento que si me hubiera nombrado a mí heredero de su fortuna. Si yo luchaba con entusiasmo, si había soñado con tener una posición era para legársela a Peggy. Ella lo es todo para mí en la vida. ¡Qué contenta se va a poner cuando lo sepa! Vamos a decírselo.

—Un momento, señor O'Connell. Todavía no conoce usted las

condiciones de la herencia. Peggy herederá esos dos millones si usted se resigna a separarse de ella.

—¿Separarme de mi Peggy?

—Sí.

—¿Y quién va a cuidar de ella?

—Peggy estará bajo mi tutela.

—¿Acaso es usted de la familia?

—No soy más que un abogado que administraba la fortuna de su señor suegro y que, por voluntad del difunto, ha de seguir administrándola.

—¿Qué rarezas tenía ese viejo loco! ¿Y qué va usted a hacer con mi hija?

—Convertirla en una señorita llevándola adonde le puedan dar la debida educación.

—¿Quiere usted dar a entender que yo no he sabido educar a mi hija?

—No lo tome usted por el lado peor, míster O'Connell. He querido decir que la llevaré a una distinguida familia inglesa para que Peggy adquiera el refinamiento propio de una dama aristocrática, que tal es el deseo del difunto.

—Bien, sir Gerald. ¿Y cuánto tiempo he de estar separado de mi hija?

—La separación ha de ser para siempre.

El viejo Pat se estremeció.

—¿Y usted, señor, se atreve a proponerme semejante disparate?

—Me limito a repetir palabras del testamento.

—Pues ahórrese usted el trabajo de continuar repitiendo atrocidades.

—Piense bien lo que hace, señor O'Connell. El porvenir de su hija está en sus manos. Si usted la quiere de verdad, ¿por qué no sacrificarse para que ella triunfe en la vida?

El argumento hizo mella en el corazón del bravo lobo de mar. Muy grande era el sacrificio que se le pedía, pero ¿acaso Peggy no merecía eso y mucho más?

—Sí. Se sacrificaría por ella. Que Peggy fuera una dama distinguida, que tuviera todo cuanto un ser humano puede apetecer. El dolor de no tenerla a su lado sería compensado por la satisfacción de saber que poseía una cuantiosa fortuna y era una gran dama.

—Me parece que tiene usted razón, sir Gerald. Debo sacrificarme por ella.

—Ahora me convenzo de que es usted un buen padre.

—Pero habremos de obrar con cautela. Si Peggy supiera que para recibir esa herencia tenía que separarse para siempre de su padre, rechazaría de plano su proposición.

—Entonces convendrá decirle que la separación es únicamente temporal.

—Desde luego.

—Pues vamos en busca de su hija sin pérdida de tiempo.

Se dirigieron a la alegre casita que se levantaba en las cercanías de la costa.

No vieron a Peggy. ¿Dónde se habría metido?

La llamó su padre a grandes voces y entonces la vieron entrar corriendo, jadeante, y con su perro en brazos.

—¿Dónde estabas, Peggy?

—Tratando de alcanzar a este demonio de perro. Como se vuelva a escapar te aseguro que...

Pero se detuvo un tanto azorada al darse cuenta de que su padre no estaba solo.

¿Quién sería aquel joven tan arrogante y simpático?

Tal fué la impresión que a primera vista produjo sir Gerald a Peggy, y a fe que muy pronto había de verla confirmada.

III

—Peggy, este señor ha venido a darnos la noticia de que tu pobre abuelo ha muerto.

—Lo siento mucho, papá, porque no deseo la muerte para nadie, pero la verdad es que mi abuelito no me era nada simpático.

—En cambio, usted ha sido siempre sumamente simpática a su abuelo—replicó Gerald.

—Hubiera preferido que repartiera su simpatía entre todos nosotros. A papá no lo ha querido nunca. En cuanto a mamá tampoco tenía nada que agradecerle.

—Pero deja el perro, mujer. Este señor ha de hablar contigo y no es correcto que estés así teniendo visita.

—No quiero soltarlo porque se me escaparía.

Y preguntó a sir Gerald:

—¿Me permite usted que tenga a mi perro en brazos?

—¿Por qué no si es ese su gusto?

—Muchas gracias.

—Mi mayor deseo es servirla.

—Es usted muy amable.

Y al pronunciar estas palabras, Peggy no se situaba en el plano de quien hace un cumplido. Estaba diciendo lo que sentía su corazón. Aquel hombre le parecía extraordinariamente cortés y amable. Era a su juicio una de esas personas a quien uno se puede confiar desde el primer momento sin reservas de ninguna clase.

Por primera vez se encontraba ante un hombre que era arrogante, distinguido y bueno al mismo tiempo.

—¿Qué es eso tan importante que tiene usted que decirme?—preguntó Peggy no acabando de creer que ella, sencilla aldeana, fuera merecedora de recibir noticias importantes.

—Se lo voy a decir sin rodeos, señorita. Su abuelo le ha dejado toda su fortuna.

El mayor estupor dominó a Peggy.

—Entonces ¿seremos ricos?

—Será usted millonaria.

Peggy no estaba acostumbrada a las grandes cifras. Para ella no había gran diferencia entre mil libras y un millón de libras, pues las dos cantidades le habían parecido siempre completamente fuera de su alcance.

Pero estaba segura de que ser millonaria era algo grandioso y tan distinto de ser pobre como un gran trasatlántico de un humilde bote.

Por eso la dominó vivísima alegría y empezó a brincar y a batir palmas.

—¡Entonces te podrás comprar una barca muy grande, papáito, y varios trajes nuevos! Al perro le mandaré hacer una caseta con ventanas y cortinas, y nosotros nos construiremos una casa de varios pisos, con un jardín muy grande, que llegue hasta el mar.

Pero el viejo Pat cortó estas expresiones de entusiasmo de su hija.

—Más adelante haremos todo eso, Peggy. Pero ahora habrás de marcharte a Inglaterra.

La muchacha le miró sorprendida.

—¿Marcharme? ¿Quiere eso decir que he de irme sola?

—Sí.

—¿Y crees tú que yo voy a hacer semejante disparate?

—Es preciso, hija mía. De lo contrario, no recibirás la herencia.

—¡Que se vaya la herencia al diablo!

En vista de que Peggy estaba decidida a quedarse, el viejo Pat recurrió a una argucia para convencerla.

—Tú vas ahora y más adelante iré yo a reunirme contigo.

—¿Y por qué no podemos marcharnos juntos?

—Porque yo me he de quedar aquí para arreglar algunas cosas.

—Pues yo me espero también.

—No. Tú has de marcharte inmediatamente. De lo contrario, no tendrías el dinero y no podrías comprarme los trajes, ni podríamos construir la casa con jardín.

Este argumento convenció a Peggy.

—Pero, ¿vendrás pronto?

—Sí, hija mía.

—¿Y dónde he de ir?

—Adonde te lleve este señor.

—¿Usted?—preguntó Peggy a sir Gerald.

—Sí. ¿Es que no tiene usted confianza en mí?

—Sí, señor. Tengo confianza en usted. Pero quiero que me diga adónde piensa llevarme.

—A una casa donde la cuidarán muy bien y aprenderá usted a ser una gran dama.

—¿Es preciso que aprenda eso?

—Sí, señorita.

—¿Si no lo aprendo no seré millonaria?

—Así lo dispuso su abuelo.

—¡Qué rarezas tenía mi abuelito!

Y no hablaron más. Convinieron a la hora en que habían de encontrarse al día siguiente para emprender el viaje y el elegante joven se marchó a la habitación que había alquilado en la humilde fonda del pueblo.

IV

Las voces se corrieron en seguida por la aldea.

¡Peggy se marchaba! La muchacha más querida del pueblo los iba a dejar.

En seguida se organizó una despedida digna de Peggy, y por la noche se reunió todo el pueblo ante la casa del viejo Pat y dieron una serenata de despedida a la viajera.

Peggy, llorando de emoción, se asomó a la ventana, y se despidió de todos arrojándoles besos.

Al día siguiente, a la hora convenida, se presentó sir Gerald a recogerla.

El viejo Pat no se atrevía a hablar, pues en vez de palabras le hubieran salido sollozos.

Padre e hija se dieron el último abrazo y Peggy se marchó con sir Gerald.

La muchacha llevaba su sencillo traje de aldeana que en la capital inglesa había de resultar, más que sencillo, pintoresco.

Desde luego, formaban una pareja singular aquel joven elegantemente vestido y aquella ingenua aldeanita que, para parecer aún más pintoresca, llevaba en brazos a su perro.

Cuando se detuvieron ante la casa donde Peggy había de vivir desde entonces, la muchacha no pudo menos de exclamar:

—¡Esto es un palacio!

—Aquí encontrará usted una amable familia que la convertirá en una gran dama.

—¿Usted vivirá también con nosotros?

—Estaré aquí una temporada.

—Menos mal.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque me temo que esa familia de señorones no ha de gustarme.

—Verá usted cómo sí que le gusta.

—¿Y por qué dejó dicho mi abuelo que viniera a vivir con estos señores?

—Su abuelo no designó a nadie concretamente. Dejó a mi elección la familia que había de hacer de usted una dama distinguida.

Pero sir Gerald callaba lo principal.

La señora de Chichester se había quedado viuda y en una situación difícil.

Tenía dos hijos. Ethel, hermosa muchacha que a la sazón contaba veinte años, y Alaric, un joven que llevaba a su hermana muy poco tiempo y que no tenía la menor aptitud para sacar a su familia de la grave situación en que se hallaba.

Sir Gerald estaba enamorado de Ethel y llevando a Peggy a aquella casa prestaría a la familia una considerable ayuda, ya que por este delicado trabajo el testamento le permitía asignar los honorarios de dos mil libras anuales.

Nada de esto dijo sir Gerald a Peggy para no herir el orgullo de aquella familia a la que pertenecía la mujer que tanto amaba.

Entraron en la casa y Peggy se quedó sobrecogida ante la magnificencia de aquel interior que realmente era digna de un palacio real.

—Esta casa tan grande me da miedo—confesó ingenuamente.

—No tiene nada que temer estando aquí, y, menos aún, teniéndome a mí al lado... Siéntese y espere un momento. Voy en busca de la señora de Chichester.

—¿Tardará usted mucho?

—Un momento nada más.

—Vuelva usted pronto, sir Gerald. Todo esto es imponente.

Se sentó en un sillón donde desapareció su cuerpecillo y se dedicó a esperar.

A todo esto no soltaba a su perrito y lo mantenía fuertemente entre sus brazos, temerosa de que se pudiera perder en aquellas enormes habitaciones.

Cruzó el mayordomo la gran sala de espera. Era un hombre tan arrogante, llevaba un uniforme tan magnífico, que Peggy ex-

perimentó el mismo azoramiento que si viera a un almirante o a un capitán general.

El mayordomo se detuvo sorprendido al verla.

¿De dónde habría salido aquella jovencita vestida de modo tan pintoresco y con un perro tan original en brazos?

—¿Quién es usted?—le preguntó severamente.

—Peggy O'Connell.

—No tengo el gusto de conocerla, señorita. ¿Qué hace usted aquí?

—Sir Gerald me ha dicho que me sentara. Es él quien me ha traído aquí.

—¡Ah! Si se lo ha dicho sir Gerald no tengo nada que oponer.

Y el mayordomo continuó su camino más tieso que la caña de una escoba.

V

Aun estaba Peggy esperando el regreso de sir Gerald, cuando oyó una música deliciosa, atenuada por la distancia.

La música y, especialmente, el canto, constituían para ella uno de los mayores atractivos de la vida.

Y he aquí que de súbito, al mismo tiempo que la melodía arrancada a un piano por manos habilísimas, una voz de mujer entonó una canción llena de sentimiento.

Peggy, fascinada, se levantó del sillón y se dirigió a la habitación contigua, pues de allí procedía la música.

Vió una puerta, la abrió y entró en el salón de puntillas.

Allí estaba el piano y la pianista-cantante.

Peggy, siempre con su perro en brazos, se sentó en un sillón

oculto por una mesita llena de chucherías y de flores y allí estuvo escuchando el doble concierto de canto y piano.

De pronto, oyó una voz de hombre.

Cesó la música y el canto. Y Peggy pudo ver cómo un caballero entraba por la puerta que daba a la terraza.

La pianista le tendió las manos al mismo tiempo que decía:

—Tú siempre tan imprudente. ¿Qué diría mamá si nos viera aquí solos?

—No pidas que reflexione a quien te ama ardientemente.

Y cogiendo a la joven por la cintura, la besó en la boca.

¡Aquello se ponía demasiado serio! Allí sobraba una y esa una era Peggy. La muchacha, comprendiéndolo así, se levantó y se dispuso a marcharse por donde había venido y empleando el mismo sigilo que para entrar.

Pero ahora no la acompañó la fortuna. Tropezó con el velador y éste rodó por el suelo con todas las preciosas chucherías que contenía.

La pianista se volvió rápidamente.

Al ver a Peggy se quedó tan sorprendida como si de pronto hubiera surgido ante ella una aparición.

—¿Quién es usted?—le preguntó con cierto despotismo.

El perro comenzó a ladrar y los ladridos impidieron oír la respuesta de Peggy.

La arrogante joven, indignada contra la extraña visitante y su molesto perro, le ordenó:

—Váyase a la cocina.

—No sé dónde está.

—Vaya usted siempre a la derecha y cuando encuentre un criado, pregunte.

Peggy sonrió humildemente y se dispuso a cumplir la orden.

Pero antes quiso tranquilizar a aquella señorita que tenía un sentido de la música tan exquisito.

—No se preocupen ustedes de que les haya visto besarse—les dijo—. Cuando dos se aman de verdad...

Pero el perrito empezó de nuevo a ladrar y Peggy no pudo llegar al fin de su discurso.

—¡Calla, mal educado!—le dijo tan seria como si hablara con una persona—. ¿Qué pensarán estos señores?

Y se marchó a la cocina, adonde llegó gracias a las indicaciones del mayordomo.

Cuando sir Gerald bajó al vestíbulo acompañado de la señora de Chichester se encontró con que Peggy había desaparecido.

—¿Dónde está la joven, amigo Gerald?—preguntó la dama.

—Eso mismo me estaba preguntando yo. No sé dónde se habrá metido.

En este momento vieron pasar al mayordomo, lo llamaron y le preguntaron por Peggy.

—¿Se refieren ustedes a la joven del perro?

—En efecto—repuso sir Gerald.

—Está en la cocina.

—¿En la cocina? ¿Cómo se le ha ocurrido meterse allí?

—Dice que se lo ha ordenado una señorita.

—Dígale usted que venga.

A los pocos momentos comparecía Peggy con su perro en brazos.

—Pero ¿dónde se ha metido usted, Peggy?—exclamó sir Gerald.

—Una señorita que estaba tocando el piano me ha mandado a la cocina.

—Esa señorita es miss Ethel—dijo sir Gerald en son de disculpa—. Como no la he presentado aún, no podía saber quién era usted. Y vamos con las presentaciones. Aquí tiene usted a la dueña de esta casa, señora de Chichester, a quien desde hoy deberá usted obedecer y respetar.

Peggy hizo una inclinación de cabeza.

La señora de Chichester miró a la joven de arriba abajo.

Después de un detenido examen, dijo con altiva serenidad:

—Espero que se hará usted digna de esta casa. Lo primero que ha de hacer es cambiarse esas ropas por otras más adecuadas.

—¿Es que no le gusta mi vestido?—preguntó Peggy compungida.

—Sí que le gusta—repuso Gerald comprensivamente—. Pero las modas aquí son distintas.

Salió en este momento miss Ethel del salón de música y a los pocos momentos entró Brent por otra puerta.

—Esta señorita—dijo sir Gerald—es Ethel Chichester.

—Ya la conozco—dijo Peggy sin asomo de rencor.

Un tanto azorada, Ethel se disculpó:

—Perdone que la haya mandado a la cocina. No sabía que fuera usted la recomendada de sir Gerald.

Fué en este momento cuando entró el caballero que había besado a miss Ethel.

—¡Hola, capitán Brent!—exclamó sir Gerald—. ¿Ha venido usted con su esposa?

—No. Se marchó fuera por unos días.

Las palabras de sir Gerald habían llenado de estupor el alma cándida de Peggy.

—Pero ¿es usted casado?

—¿Por qué no lo he de ser?—repuso el capitán Brent con aplomo y mientras Ethel dirigía a la aldeana una mirada de terror.

Peggy, llevada de sus instintos generosos, sonrió un tanto azorada y arrepentida de haber puesto en un trance difícil a miss Ethel.

—Perdone. No lo decía por nada. Me habían dicho que en Inglaterra no se casaban los hombres tan jóvenes.

Respiró miss Ethel.

Desde aquel momento, Peggy experimentó una vivísima antipatía hacia aquel hombre que engañaba a su esposa tan vilmente. A miss Ethel la perdonaba porque sabía que era una víctima de la fascinación de aquel hombre cuya maldad se reflejaba en su rostro.

En este momento el ambiente se aligeró con la llegada de Alaric, el otro hijo de la señora de Chichester.

Era un pollo bastante ridículo, que llevaba un bigotillo tan menudo como una mosca y que, a falta de cabeza, poseía un buen humor envidiable. Todo le hacía gracia y por menos de nada lanzaba una carcajada que tenía algo de cacareo de gallina.

Hizo sir Gerald la última presentación y Alaric, después de estrechar la mano de Peggy, le preguntó:

—¿Viene usted de Irlanda?

—Sí, señor.

—Creo que Irlanda es muy bonito.

—Sí, señor.

—Una vez me embarqué con unos amigos para ir a Irlanda, volcó la canoa y tuvimos que volver a nado a Inglaterra.

Y soltó aquella carcajada que tenía algo de cacareo.

Peggy se echó también a reír.

Le gustaba aquel carácter alegre que tan de acuerdo estaba con el suyo.

Y como el cambio de risas y confianzas se prolongaba dema-



Padre e hija se dieron el último abrazo



—¡Esto es un palacio!



—Váyase a la cocina.



Peggy se echó también a reír



Jerry dedicaba a Ethel las mayores atenciones



—¡No saldrá usted de aquí!



Quiso marcharse, pero Breuf se lo impidió



—Yo sé que eso no es verdad, Peggy.

siado, la señora de Chichester, a quien la hilaridad excesiva parecía una vulgaridad, puso fin a la excusa ordenando al mayordomo se llevara el equipaje de miss Peggy a sus habitaciones.

—Y tú, hija mía—dijo a miss Ethel—, dale algún vestido adecuado y dile cómo debe ponérselo.

VI

Peggy pareció otra.

¡Qué bella estaba con aquellos vestidos!

Pero así como en la cuestión de la indumentaria había hecho grandes progresos, en lo que se refería a la distinción estaba bastante atrasada.

Las hipocresías de la etiqueta social no estaban de acuerdo con su temperamento franco y generoso.

Sir Gerald era su mejor amigo. Ella se daba cuenta de que la trataba como a una niña, pero no le desagradaba. Sin embargo, habría preferido que viera en ella una mujer. ¿Por qué? No podía precisarlo, pero era lo cierto que ella sentía hacia sir Gerald algo que no había sentido nunca.

Le llamaba Jerry y aun le parecía poco. Habría querido tutearle, habría querido que él también la tuteara como tuteaba a Ethel.

Y con el tiempo se fué dando cuenta de que lo que sentía hacia Jerry era amor, un amor que no podría ser jamás correspondido, porque el propio Gerald le había confesado que estaba enamorado de Ethel y que su sueño dorado era casarse con ella.

¡Qué esfuerzos tuvo que hacer Peggy para no contárselo todo!

¡Qué esfuerzos tuvo que hacer para no decirle que miss Ethel no era digna de él y que amaba al capitán Brent en secreto!

Pero era demasiado noble para decírselo. Hubiera parecido que lo hacía tan sólo por odio a la rival. Y ella no podía odiar a nadie. Además, no tenía espíritu de delación. No acostumbraba acusar a los que tenían la desgracia de caer en una falta o en un pecado.

Y callaba, aunque aquel silencio le destrozaba el corazón.

Peggy estaba muy lejos de sospechar que aquella familia estaba viviendo a su costa, pero, de haberlo sabido, su conducta no habría cambiado en un ápice, a pesar de que Ethel la trataba con una altivez que habría herido al alma menos sensible.

Tampoco la señora de Chichester tenía con Peggy los miramientos debidos. Las dos mil libras anuales que percibía del capital de Peggy no le impedían considerarse superior a ella e indignarse cuando la inocente muchacha hacía alguna de las suyas.

Y tampoco le impidió decir un día a Alaric:

—Hijo mío, se te ofrece una oportunidad de hacer una buena boda y no debes desaprovecharla. Pídele a Peggy que se case contigo. Ella se sentirá orgullosa de tomar el apellido de un Chichester y tú tendrás una esposa que posee dos millones de libras mal contados.

Si alguna buena cualidad tenía Alaric era la de ser obediente. Por eso se fué inmediatamente en busca de Peggy y le espetó una declaración aprendida de memoria en un libro de Walter Scott.

Cuando había terminado, vió que Peggy apoyaba sus brazos en uno de los del sofá y apoyaba en ellos la frente.

Vió también como la femenina espalda se estremecía con ligeras convulsiones.

—¡Oh, Peggy!—dijo apenado—. Siento haberla afligido.

Pero entonces levantó Peggy la cabeza y Alaric advirtió que lo que él había tomado por sollozos eran carcajadas.

—Me alegro de haberle hecho gracia—dijo el alegre Alaric lanzando uno de sus peculiares cacareos.

—Perdóneme, Alaric—suplicó Peggy cuando logró ponerse seria—. No he podido contenerme. Cuando se pone usted sentimental, está la mar de gracioso.

—Sí, ¿verdad? No hay nada más ridículo que un hombre sentimental.

Y volvió a cacarear como la gallina cuando acaba de poner el huevo.

—Hablemos en serio, Alaric. Yo lo siento mucho, pero no le amo a usted y comprenderá que no voy a casarme con un hombre al que no amo.

Entonces Alaric se puso en pie de un salto y empezó a hacer desaforados gestos de alegría.

—¿De veras no quiere usted casarse conmigo?—preguntó.

—¿Quiere que se lo jure?

—¡Oh, no sabe cuánto se lo agradezco! Yo tampoco quiero casarme con usted.

—Entonces ¿ha pretendido usted burlarse de mí?

—Nada de eso, Peggy. He hablado muy en serio. Pero lo he hecho porque así me lo ha dicho mamá.

Y con un apretón de manos, alegre y cordial por ambas partes, terminó aquella singular escena de amor.

VII

En la casa se celebraba una fiesta, en la que Jerry iba a anunciar su próxima boda con Ethel.

De buena gana habría rechazado ésta la petición de mano de Gerald, porque todo su amor era para el capitán Brent, pero la presión de su madre por un lado y el convencimiento de que Gerald era una buena proporción para ella, la hicieron aceptar.

Fué una brillante fiesta, a la que concurrieron todas las distinguidas amistades de la familia Chichester.

Jerry dedicaba a Ethel las mayores atenciones.

Y ella tenía que hacer grandes esfuerzos para aparentar un amor que estaba muy lejos de sentir.

Y la pobre Peggy iba de un lado a otro, solitaria y triste.

¡Si al menos estuviera a su lado su querido padre!...

Este era otro de los motivos de angustia para Peggy. El viaje del viejo Pat se retrasaba más cada vez y sir Gerald inventaba pretextos para justificar aquella dilación.

Peró aquella noche, como si por un milagro del cielo los pensamientos de la hija hubieran atraído al padre, el viejo Pat llegó a los alrededores de la finca.

Los criados se negaban a dejarlo entrar ni siquiera al jardín, pero él dijo que deseaba hablar con sir Gerald, y entonces le abrieron la puerta.

—No quiero entrar en la casa. Díganle a sir Gerald que haga el favor de salir.

Y semioculto entre las frondas para evitar un imprudente encuentro con Peggy, esperó a Jerry, el cual salió en seguida y no disimuló su inquietud al verle.

—¿Qué imprudencia es ésta, señor O'Connell? Convinimos en que usted cumpliría la cláusula del testamento que...

—Sí, señor—le atajó el viejo con amarga resignación—. Estoy dispuesto a cumplir esa cláusula para que mi hija no pierda la herencia. No quiero hablar con ella. Pero permítame al menos que la vea sin que ella me vea a mí.

—¿Está usted seguro de que sabrá reprimir sus impulsos?

—Sí, señor. Se lo prometo.

—Entonces, ocúltese tras el tronco de ese árbol y mire usted hacia la ventana del salón. Yo la haré pasar por delante bailando. Así lo hizo. Sacó a Peggy a bailar y la hizo pasar varias veces por delante de la ventana.

Cuando volvió a reunirse con el viejo Pat, vió que éste estaba llorando.

Su generoso corazón se conmovía ante el dolor sincero y profundo de aquel pobre padre, pero él no podía traicionar a quien le había confiado el cumplimiento de su última voluntad.

—Es preciso que tenga usted valor, señor O'Connell. De lo contrario, corre peligro la herencia de su hija.

—Sí, he de tomar una determinación para evitar que la tentación me domine. Estoy decidido a marcharme a América. Ya sólo

estaré aquí el tiempo preciso para vender las cuatro cosas que tengo.

—Me parece una excelente idea. Sabiendo que está usted en América, su hija no me pedirá continuamente que la lleve a su lado.

—No le diga usted que estoy en América, sir Gerald. La conozco muy bien y sé que eso sería contraproducente, pues temiendo no volver a verme nunca, vendría en busca mía en el acto.

—Entonces, ¿qué debo decirle para que no insista en ir a verle?

El viejo Pat quedó un momento pensativo y repuso:

—Sólo hay una solución. Dígale que he muerto.

Y al pronunciar estas palabras, las lágrimas surcaban su arrugado rostro.

—Eso es muy grave, señor O'Connell.

—Pues no hay otra solución.

—Entonces haré lo que usted me dice.

Y aquella misma noche, cuando el viejo Pat había emprendido ya el regreso, sir Gerald le dió la tremenda noticia.

¡Pobre Peggy! ¡Qué dolor infinito el de su corazón!

—¡Qué sola me he quedado!—exclamó entre sollozos.

Y Jerry repuso:

—Eso no es verdad. Me tiene usted a mí, que soy un buen amigo suyo.

Y estas palabras aliviaron un poco el inmenso dolor de Peggy.

VIII

La casualidad quiso que Peggy escuchara estas palabras del capitán Brent, dirigidas a Ethel:

—No puedo soportar la idea de que vayas a ser de otro antes que mía. Huyamos.

Al darse cuenta Peggy de que no la habían visto, pues el ramaje del jardín la protegía, permaneció inmóvil en su refugio, con el fin de oírlo todo.

Aquello era demasiado importante para que ella, en un alarde de equivocada discreción, se marchara.

Necesitaba enterarse de todo para obrar en defensa de Ethel, si era preciso. Ella no podía consentir que aquel monstruo consumara su crimen.

—Yo también estoy arrepentida de haber dado a sir Gerald palabra de matrimonio. Pero ¿qué iba a hacer, si tú te negabas a cumplir lo que me prometiste?

—¿A qué te refieres, Ethel?

—A tu promesa de divorciarte de tu esposa.

—Pero ¿no comprendes que eso sería echarnos tierra a los ojos? Ella es rica y lo perdería todo si nuestra separación se legalizara. De hecho estamos separados. Además, ¿no te basta que te ame a ti y a nadie más que a ti?

—Sí, pero hay cosas que no deben hacerse.

—Todo debe hacerse con tal de que sea en provecho propio. Si no te buscas tú misma la felicidad, ¿quién puede dártela? Todos hacen lo mismo: cada cual mira para sí. Y el que se preocupa de los demás es un tonto. ¿O es que no me amas?

—¡Oh, Brent! ¿Cómo puedes decir eso?

—Entonces haz lo que te digo.

—¿Huir?

—Sí.

—No tengo valor.

—Piensa que si te casas con un hombre al que no amas, serás desgraciada para toda la vida.

Ethel no se atrevía, pero Brent la estrechaba cada vez más con el cerco de sus argumentos.

Y por fin, la infeliz Ethel exclamó:

—Haré lo que tú quieras.

—¡Gracias, amada mía!

—¿Cuándo?

—Esta noche. Yo te mandaré el auto. Te esperará en la esquina. El chofer te traerá a mi casa de campo. Allí ultimaremos nuestros planes de modo que podamos vivir felices y sin que nada nos falte.

—Sí, sí. Lo que tú quieras—repetía Ethel fascinada.

Se besaron apasionadamente y cada cual se fué por un lado.

Entonces salió Peggy de su escondrijo y aquella noche no perdió de vista a Ethel.

Cuando todos se habían acostado, oyó que la bocina de un auto sonaba en las cercanías de la casa.

Debía ser el automóvil que Brent había prometido a Ethel enviarle.

Se acercó a la habitación de la joven y la oyó ir y venir. Sin duda estaba arreglando sus cosas para emprender la huida.

Con decisión y energía, Peggy abrió la puerta y entró en el aposento.

Como había supuesto, Ethel estaba ya vestida y preparada para marcharse.

—¿Dónde va usted a estas horas?—le preguntó ante la sorpresa y el desconcierto de Ethel.

—¿Y quién es usted para entrar en mi habitación sin pedir permiso?

—No trate de disimular ni de desviar la conversación. Lo sé todo. Sé que piensa usted cometer una locura. Ese hombre es un canalla.

—No he pedido su parecer.

—¡Quédese, Ethel!—suplicó entonces Peggy con la esperanza de conseguir con ruegos lo que no lograba de otro modo—. Piense

en el disgusto que dará a los suyos, en lo mucho que va usted a sufrir cuando ese mal hombre la abandone.

—No quiero pensar nada—repuso Ethel con arrogancia—. No necesito para nada sus consejos.

Y cogió la maleta y se dirigió a la puerta; pero Peggy le cortó el paso.

—No saldrá usted de aquí!

—¡Apártese!

Y viendo Peggy que por la fuerza acaso la habría vencido Ethel, recurrió a la astucia.

Salió rápidamente de la habitación y dejó encerrada a Ethel, dando vuelta a la llave.

Entonces se echó sobre los hombros el abrigo y salió a la calle, subiendo al auto que esperaba en la esquina.

El chofer puso el auto en marcha y poco después llegaba Peggy a la casa de campo, donde Brent esperaba a Ethel prometiéndose una noche de placer.

IX

Al ver entrar a Peggy se quedó un poco sorprendido.

—No me esperaba usted, ¿verdad?

—Ciertamente—repuso Brent, situándose inmediatamente en plan de conquistador—; no esperaba tener esta agradable sorpresa.

—Señor Brent, vengo a hablar con usted muy en serio.

—Usted dirá.

—Lo que usted piensa hacer con Ethel es un crimen.

—¡Qué exagerada es usted! Ethel y yo nos amamos.

—Pero usted tiene una esposa, a quien engaña, y no contento con eso, quiere perder también a una mujer que está a punto de conseguir la felicidad.

—¿Cómo se ha atrevido usted a dar este paso? ¿No comprende que es peligroso para una mujer tan bonita como usted ir a una casa de campo que sólo está habitada por un hombre?

Y por mucho que Peggy rogó y razonó, no logró ablandar el corazón de aquel hombre.

—¡Deje usted que sea feliz!—imploró una vez más la generosa Peggy—. No destruya su vida. Piense que algún día podría usted arrepentirse de su mala acción.

Pero estaba visto que aquel hombre no tenía corazón.

Las palabras de Peggy se estrellaban contra su fría y cínica sonrisa.

—Pues bien; ya que no atiende usted a razones, recurriré a otros procedimientos para salvar a Ethel. Diré a su familia lo que se propone usted hacer con ella. Entonces habrá de entenderse con sir Gerald.

—Por fortuna, estoy práctico en el manejo de la espada y de la pistola. No sería la primera vez que me enfrentara en duelo con otro hombre. Lo sentiría por sir Gerald, porque siempre he ganado.

Tanto cinismo acabó por descomponer a Peggy. Quiso marcharse, pero Brent se lo impidió.

Entonces comprendió Peggy que por salvar a Ethel se había metido ella en la boca del lobo.

¿Hasta dónde llegaba la maldad de aquel hombre?

De pronto, se oyeron pasos en la escalera. Subían varias personas.

—¡Ocúltese!—dijo el capitán al reconocer la voz de su esposa.

Y Peggy pasó a una habitación contigua, donde esperó con la natural zozobra el desarrollo de los acontecimientos.

La esposa de Brent penetró en la habitación acompañada de su abogado y de dos testigos.

Hacía mucho tiempo que deseaba divorciarse de aquel hombre que tan indignamente se portaba con ella, pero como el capitán deseaba lo contrario, necesitaba pruebas evidentes de su mal comportamiento para que la ley le concediera el divorcio.

Aquella noche, enterada, tal vez por el chofer, de que su ma-

rido había de verse en la casa de campo con miss Ethel, se había presentado allí de improviso con testigos.

—¿Dónde está esa mujer?—preguntó la señora de Brent con firmeza.

—Aquí no hay ninguna mujer—repuso el capitán con la mayor sangre fría.

—Sé que aquí está Ethel Chichester y no tardaré en encontrarla.

Al oír estas palabras, Peggy se dió cuenta de que la reputación de Ethel estaba en peligro.

Aun suponiendo que la señora de Brent no encontrara ninguna mujer en aquella casa, ya se sabía que miss Ethel y el capitán se amaban clandestinamente, se correrían las voces y el honor de la señorita Chichester rodaría por los suelos.

Entonces concibió Peggy un medio de salvarla.

No reparó en el sacrificio que para ella representaba lo que iba a hacer. En uno de sus rasgos de generosidad, salió de la habitación en que estaba oculta y se mostró a la señora de Brent y a sus testigos.

La señora de Brent quedó de momento un tanto confundida al ver que no era miss Ethel la que había entrado en la casa de campo.

—¿Quién es usted?—preguntó altivamente.

—Peggy O'Connell.

—Siento haber pensado mal de miss Ethel Chichester. Pero para el caso es lo mismo que sea una que otra. Ahora ya tengo mis pruebas de que mi marido me engaña. Obtendré el divorcio. No crea que le guardo rencor. Por el contrario, le agradezco que me haya dado esta oportunidad de obtener las pruebas que deseaba.

—Estás en un error si crees que...—comenzó a decir el capitán.

Pero su esposa le atajó dignamente:

—Guarda tu defensa para cuando te encuentres ante el tribunal.

Y antes de salir acompañada de sus testigos, se volvió a Peggy para decirle:

—La compadezco a usted. Este hombre no es digno de ser amado por nadie.

Peggy estuvo tentada de responder que compartía su opinión, pero se limitó a salir antes de que la señora de Brent cerrara la

puerta, pues quedarse allí a solas con el capitán era un grave peligro que ya no desconocía.

X

A la mañana siguiente, cuando los periódicos llevaron la noticia del escándalo a la casa de los Chichester, se produjo el natural revuelo.

La señora de Chichester estuvo a punto de desmayarse. Temblaba de indignación y de vergüenza.

—¡Esa aldeana ha llenado de oprobio nuestro apellido!—no cesaba de repetir.

Ethel estaba sobrecogida. Ahora se daba cuenta de la locura que iba a cometer y del sacrificio enorme que Peggy había hecho por salvarla.

Entonces se dió cuenta de que en el pecho de la sencilla aldeana se encerraba un corazón muy superior al suyo en sentimientos y se arrepintió de no haber tratado a Peggy desde un principio como merecía.

¿Podría consentir que el oprobio que ella merecía cayera injustamente sobre aquella muchacha, toda corazón?

No. Diría la verdad. El remordimiento le impediría vivir si no lo hiciera.

Y con este propósito bajó al comedor, donde ya estaba servida la mesa para el desayuno.

* * *

La señora de Chichester leía el periódico y no cesaba de lanzar exclamaciones contra Peggy.

Alaric la defendía.

—A mí me parece que los periódicos exageran, mamá. No sería la primera vez que un rumor resultara falso.

—¡No la defiendas! ¿Te olvidas de que te dió calabazas?

Alaric estuvo a punto de contestar que precisamente por eso la defendía, pero calló prudentemente.

Lo cierto era que Peggy le resultaba extraordinariamente simpática y que no le parecía tan grave lo que los periódicos decían de ella. Para él nada tenía importancia. Creía sinceramente que la misión del hombre en el mundo era rodearse del mayor número posible de comodidades y despreocupaciones.

Cuando sir Gerald entró en el comedor, la señora de Chichester le preguntó:

—¿Qué clase de mujer nos ha traído, sir Gerald?

—Piensa que Jerry obró así por ayudarnos, mamá — dijo Ethel, empezando su defensa de Peggy.

—Por desdicha, necesitamos la ayuda de esa joven sin honor, pero yo te aseguro, hija mía, que esto no volverá a suceder.

—Me he enterado por los periódicos, señora de Chichester— repuso sir Gerald—. Pero yo no puedo creer que sea cierto lo que se dice de Peggy. Conozco bien a esa muchacha y sé lo que vale.

—Cualquiera que sea su opinión, los hechos existen, sir Gerald.

—Espero que Peggy sabrá convencernos de lo contrario.

En este momento entró Peggy en el comedor.

La señora de Chichester, sin ocultar el disgusto que su presencia le producía se puso a leer el periódico después de contestar secamente a su saludo.

De súbito, dijo sir Gerald:

—Peggy, me extraña su silencio. Explíquenos lo que ocurrió anoche. Demuéstrenos que lo que dicen los periódicos es mentira. Pero Peggy se había encerrado en un obstinado silencio.

—¿Lo ve usted, sir Gerald?—exclamó la señora de Chichester.—Su conducta no tiene explicación posible. La señorita O'Connell ha traído la deshonra a esta casa.

—¡Mamá!—exclamó Ethel en son de súplica y dispuesta a contarle todo.

Pero Peggy le dijo con firmeza:

—No intente disculparme. No necesito que se me disculpe. Estoy de más en esta casa. Me marcharé y la familia Chichester recuperará la reputación que merece.

Dicho esto, se dirigió a la puerta del comedor.

Sir Gerald la siguió para decirle en son de súplica:

—Quédese, Peggy.

—¿Después de lo ocurrido?

—Yo sé que eso no es verdad. Yo sé que usted no ha cometido la falta que se le atribuye.

Peggy estaba decidida a marcharse, aunque ello significaba renunciar a la herencia.

Entonces Jerry, en vista de que ya no tenía por qué ocultar la existencia del viejo Pat O'Connell, le contó a Peggy toda la verdad.

—¿Vive?—exclamó la joven creyendo morir de alegría.

—Vive—repuso Jerry como pidiéndole perdón por haberla engañado.

—Entonces, ¿qué me importa la herencia? ¿Qué me importa lo que pueda decir la gente? ¡Tengo a mi padre, y eso me basta! Aquel mismo día se puso en viaje.

Su emoción fué inmensa cuando pudo refugiarse en los brazos del viejo Pat.

Todo el pueblo celebró con grandes fiestas la llegada de Peggy.

Y, a pesar de todo, Peggy tuvo que reconocer que se había equivocado. Había algo en el mundo que le importaba tanto como la vida de su padre. Había algo que deseaba con toda la fuerza de su corazón y no tenía.

No, Peggy ya no podía ser feliz, si no lograba aquello que tanto deseaba.

* * *

En plena fiesta, cuando Peggy paseaba su tristeza entre los que la agasajaban, su padre se la llevó al jardín, la hizo sentar en un banco y le dijo:

—Yo sé cuál es la causa de tu tristeza, Paggy. Yo sé lo que tú echas de menos, hija mía. Pero espero que muy pronto verás cumplidos tus deseos.

—No sé de qué me hablas, papá.

—No importa. Haz lo que yo te diga. Cierra los ojos y no los abras hasta que yo te avise.

Así lo hizo Peggy.

Ceró los ojos y entonces se levantó el viejo Pat llamando a alguien por señas.

De la frondosa oscuridad salió sir Gerald. Se sentó al lado de Peggy y el viejo se retiró prudentemente, al mismo tiempo que decía:

—Ya puedes abrir los ojos.

Cuando Peggy los abrió, creyó estar soñando.

—¿Usted?—fué todo lo que pudo decir.

—Sí, Peggy. Yo mismo. Yo, que te he amado siempre y que he creído morirme de alegría al saber que tú también me amas a mí.

—Pero ¿después de lo ocurrido?...—empezó a decir Peggy.

—Sé muy bien lo que ha ocurrido, porque Ethel me lo ha contado todo. El remordimiento no la dejaba vivir. Me ha dicho también que no me amaba y yo he visto el cielo abierto al sentirme desligado de este compromiso. ¿Qué dices, Peggy? ¿Me quieres?

—Sólo te diré—repuso la muchacha bajando la cabeza para ocultar su rubor—que doy por bien perdidos los dos millones si el premio ha de ser casarte conmigo.

—No perderás la herencia, Peggy. En el testamento se dice que, para recibir los dos millones, te habías de convertir en una señorita. Como ya te has convertido, el dinero te pertenece, y como ya eres dueña de él, eres libre de vivir con tu padre o con quien quieras.

Así fué cómo Peggy se casó con sir Gerald y vió realizadas sus más caras aspiraciones.

F I N

Números publicados:

REINA EL AMOR, por Claudette Colbert y Frederich March, etc.
 EL PODER Y LA GLORIA, por Colleen Moore y Spencer Tracy.
 LA VIDA EMPIEZA, por Loretta Young, Tommy Brown, etc.
 SU ULTIMA PELEA, por Douglas Fairbanks, Jr. Loretta Young, etc.
 JUSTICIA DIVINA, por Charles Laughton, Maureen O'Sullivan, etc.
 TIERRA DE PASIÓN, por Clark Gable, Jean Harlow, etc.
 CONGO, por Lupe Vélez, Conrad Nagel, etc.
 NOCHE TRAS NOCHE, por George Raft, C. Cummings, etc.
 ENTRE LA ESPADA Y LA PARED, por Tallulah Bankhead, Gary Cooper, Charles Laughton, etc.
 EL ÁGUILA Y EL HALCÓN, por FREDRIC MARCH, etc.
 ESCÁNDALO EN BUDAPEST, por Franziska Gaal y Paul Horbiger
 PIENSA Y MÁS PIMIENTA, por Lupe Vélez, Edmnd Lowe, etc.
 YO SOY SUSANA, por Lilian Harvey y Gene Raymod, etc.
 EL ASESINO DIABÓLICO, por Lionel Atwill, C. Ruggles, etc.
 EL DIABLO SE DIVIERTE, por Loretta Young y Victor Jory, etc.
 LA NOCHE DEL PECADO, por E. Vilches, Medea de Novara, etc.

Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

Ultimos éxitos publicados:

ALMA DE BAILARINA

por Greta Garbo y Clark Gable.

YO HE SIDO ESPIA

por Madelaine Carroll, Herbert Marshall, etc.

NO SEAS CELOSA

por Carmen Boni, André Roanne, etc.

DESFILE DE CANDILEJAS

por James Cagney, Joan Blondell, Ruby Keeler, etc.

AVES SIN RUMBO

por Irusta, Fugazot y Demare, etc.

SIMONA ES ASÍ

por Meg Lemonnier y Henry Garat, etc.

PESCADA EN LA CALLE

por Sylvia Sidney, George Raft, etc.

UNA NOCHE EN EL CAIRO

por Ramón Novarro, Myrna Loy, etc.

ROSA DE MEDIANOCHE

por Loretta Young, Ricardo Cortez, Franchot Tone, etc.

EL REY DE LA PLATA

por Edward G. Robinson, Bébé Daniels, etc.

Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne
Paseaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.

E. B.



Precio: **50** céntimos